

FICHA DE LECTURA***EL TESORO DEL TITICACA*****Con esta actividad trabajamos:**

Aprender a extraer enseñanzas de un cuento.
Los ODS 2, 8, 7, 11, 12 y 13.

Durará

Una sesión.

Necesitaremos:

Juegos de Jenga, o algo similar

Ciclo: 1, 2, 3

Consideraciones previas:

Actividad de **lectura y trabajo posterior sobre el cuento**. Este cuento sintetiza la mayor parte de los conceptos que se trabajan en los materiales de este año. Dependiendo del nivel de la clase, todos estos temas pueden ser trabajados a partir de la lectura:

- Sobreexplotación de los recursos. Sostenibilidad.
- Destrucción ambiental.
- Consecuencias de las acciones sobre el medio natural.
- Avisos de la Naturaleza. Importancia de ignorarlos.
- Migraciones.
 - Control de la inmigración.
 - Uso laboral de los inmigrantes.
 - Refugiados climáticos.
- Reglas del mercado: Monopolios, Competencia
- Enriquecimiento-Empobrecimiento
- Despilfarro de alimentos
- Vivimos en la Tierra, y compartimos las reglas de la naturaleza y la suerte de nuestro planeta como el resto de los seres vivos.

Desarrollo**Prueba de atención (opcional, dependiendo de la edad de la clase)**

Al finalizar la lectura, y dependiendo de la edad de la clase, podemos iniciar una ronda de preguntas para asegurarnos de que han comprendido su contenido.

Deberán responder si las siguientes afirmaciones son Verdaderas o Falsas:

- A nuestra protagonista no le gusta nada ir de pesca.
- Phuyu y su abuela salen al mar a pescar.
- Los cuyes vivían en islas de totoras en el Titicaca.
- Los habitantes de la isla dejaban que en ella viviese todo el mundo.
- Pachakúteq cultivaba verduras en la isla.
- Las totoras del subsuelo sabían realmente malas.
- Contrató a muchos cuyes para poder producir y vender más totoras.
- Los túneles comenzaron a llenarse de agua.
- Al darse cuenta del problema del agua, los cuyes pararon de excavar.

- La isla, al final. Terminó por hundirse.

Hay que reflexionar

Reflexionar sobre el contenido del cuento, a partir de preguntas como estas:

- ¿Cuántos personajes aparecen en el cuento?
- ¿Recordáis sus nombres?
- Apuntarlos en la pizarra antes de profundizar en la historia.
- ¿Qué mueve a Pachakúteq a actuar?, ¿de qué manera lo hace?
- ¿Qué consecuencias tiene su actuación?
 - Sobre su negocio.
 - Sobre otros cuyes productores de alimentos.
 - Sobre la isla de totoras.
- ¿Qué hacen los cuyes de la isla cuando ven las consecuencias de su tarea extractiva?
- El cuento se titula "El tesoro perdido del Titicaca"; ¿Cuál creéis que es ese tesoro?, ¿solamente las totoras bajo la isla?
- ¿Qué es lo que más os ha gustado del cuento?, ¿por qué?
- ¿A qué conclusión llegamos al final del cuento? ¿creéis que tiene un paralelismo con la actividad humana en la tierra?
- ¿Dónde nos refugiaremos nosotros cuando hagamos inhabitable la Tierra?

EL TESORO DEL TITICACA

Me gusta mucho ir a pescar con mi abuela.

Sabe hacerlo muy bien y es muy hábil. Claro, illeva haciéndolo desde niña! Cuando yo sea como ella, también seré una pescadora experta. En una buena mañana, podemos sacar, fácilmente, una cesta entera de peces. Luego vamos a vender el pescado al mercado de Copacabana y del dinero que sacamos, la abuela siempre me da un poco. Dice que es la paga por mi trabajo ¡Y como es mío, puedo comprarme lo que quiera!

Copacabana es una ciudad a las orillas del lago Titicaca, que está situado a gran altura, en los Andes, entre Bolivia y Perú. Alrededor de sus orillas hay dos ciudades Copacabana, en Bolivia, y Puno, en el lado peruano. En el lago hay pesca, de la que vivimos muchas personas. Pero lo más llamativo son las totoras, juncos que salen en las orillas. Con ellas se fabrican muchas cosas, incluso pueden construir islas flotantes sobre las que viven personas.

Hoy se nos ha dado muy bien. Ha sido uno de esos días en que parecía que había más peces de lo habitual, ¡o qué tenían muchas ganas de picar el anzuelo! Cuando ya estaba la cesta llena, mi abuela me dijo que nos marchábamos. Yo no lo entendía.

—Si hoy se nos está dando tan bien —le dije—, ¿por qué no seguimos pescando y así venderemos más en el mercado? Tendríamos más dinero. «¡Y a mí me darías más propina!»». Bueno, esto no se lo dije, pero lo pensé.

—No, Phuyu —me dijo ella—, con lo que hemos cogido tenemos suficiente para comer en casa y para vender en el mercado. No necesitamos más. Somos muchas personas las que pescamos.

—Ya, abuela, pero no va a pasar nada porque cojamos unos pocos más; solamente es un día.

—Un poco que cojamos nosotras y otro poco otras personas y, cuando nos queramos dar cuenta, son un montón de peces los que se sacan. Créeme, cuando yo era pequeña, había muchos más peces de los que hay ahora. El lago, como todas las cosas naturales, tiene su ritmo y sus reglas, y si nos empeñamos en quebrantarlas, termina volviéndose contra nosotras. Te voy a contar una historia que mi madre me contaba y pienso que debes conocerla. Siéntate a mi lado, Phuyu.

«Sucedió hace muchos, muchos años, cuando los animales hablaban y todavía no habitaban personas aquí. Entonces había bastantes cuyes¹ que vivían a orillas del lago, incluso una comunidad vivía en una isla de totoras cerca de la orilla. La isla era como las de ahora, compuesta de totoras que se habían ido colocando y apelmazando con los años hasta crear un suelo profundo, pero que flotaba sobre el lago. Los cuyes decían que era el mejor lugar para vivir, ya que hasta ellos no llegaba ningún tipo de depredador y la vida era tranquila.

Pero lo más importante era que las verduras que cultivaban en la isla eran mucho más ricas que las que producían en tierra firme y las vendían fácilmente en los mercados de las orillas. Por eso, los cuyes que habitaban la isla eran más ricos que otros. Eran muchos los de fuera que querían vivir en la privilegiada isla, pero sus habitantes eran muy celosos de su territorio y no

¹ El cuy (**cuyes** en plural) es lo que conocemos como cobaya o conejo de Indias. Es un roedor originario de los Andes, muy común en muchos países andinos.

solían dejar que otros cuyes se estableciesen en ella. Es verdad que no había mucho sitio, las casas y las parcelas ocupaban prácticamente todo, pero el resto de los cuyes pensaban que la falta de espacio era una excusa y que, en realidad, los habitantes de la isla no querían compartir su próspera forma de vida con los demás.

Pachakúteq era uno de los habitantes de la isla y se dedicaba a cultivar verduras. Él era más ambicioso que otros y siempre estaba buscando la manera de aumentar su parcela de cultivo, ya que eso haría que pudiese sacar más dinero por su producción. Pensando y pensando, un día se le ocurrió que podría sacar más espacio si excavaba y se construía la casa por debajo de la superficie. Aunque era poco el espacio que ganaba, algo aumentaría su producción. Así que una noche, para que nadie lo viese, se puso a excavar en el suelo de su casa para crear un túnel que le permitiese hacer habitaciones. Trabajó bastante, pero no estaba contento con el resultado. Costaba mucho hacer sitio para las habitaciones; además, todo tan oscuro, no parecía el mejor lugar para vivir. Poco a poco se fue desilusionando, hasta que, agotado, se sentó en el suelo del túnel. Estando allí, notó un olor estupendo y se dio cuenta de que venía de las totoras que tenía a su alrededor. Olían tan bien que probó un trozo... y resultó estar delicioso. Puede que hubiesen fermentado con la humedad y la falta de luz, el caso es que estaban más suaves que las que crecían en la superficie, se comían mejor y su sabor era estupendo. ¡Aquello era todo un descubrimiento!

Al día siguiente, cuando fue al mercado, decidió llevar un manojo de esas totoras. Su olor llamó pronto la atención y comenzaron a comprárselas. El resultado fue espectacular, las que llevó se agotaron pronto.

—¡Esta es la mía! —se dijo—. Me pongo a vender esto, sin decirle a nadie de dónde lo he sacado, y en dos días me hago el cuy más rico de toda la isla.

Al llegar a casa, lo primero que hizo fue vallar su propiedad con un muro bien alto para que nadie pudiese ver lo que hacía. Luego se puso a excavar. Trabajó toda la noche para, al día siguiente, ir pronto al mercado. Fue un nuevo éxito. En apenas un rato lo vendió todo, por lo que se fue a casa a sacar más. Así siguió varios días y tuvo tanto éxito que en poco tiempo tenía más demanda de su delicioso alimento de lo que realmente podía extraer. Por ello, decidió contratar a un par de cuyes —de fuera de la isla, claro— para que trabajasen para él; de esa manera, ninguno de sus vecinos podría copiarle la idea.

Entre los tres la producción aumentó rápidamente, y mientras Pachakúteq iba a vender al mercado, los otros seguían excavando túneles y sacando más y más producción; tanta que, incluso, era más de lo que podía vender. Pero Pachakúteq no quería dejar de ganar cada vez más dinero, por lo que tuvo la idea de bajar el precio, a ver si así aumentaban las ventas y las ganancias.

Pronto, muchos cuyes empezaron a comprar más y, en pocos meses, Pachakúteq tenía ya quince cuyes trabajando para él. Sacaban mucho y podía vender muy barato. Era tal el éxito que incluso venían cuyes de muy lejos a comprar sus alimentos al mercado. ¡Era toda una revolución!

Sin embargo, todo esto tuvo dos consecuencias:

La primera fue que, como eran tan baratos, muchos cuyes compraban aunque no les diera tiempo a comérselos, por lo que, incluso, comenzaron a tirar lo

que les sobraba para comprar nuevos alimentos al día siguiente, más tiernos y sabrosos. ¡Nunca había sucedido que los cuyes tiraran comida!

La segunda era más problemática. Había cuyes que cultivaban alimentos para vender. Pero ahora, como los productos de Pachakúteq era más jugosos y baratos, el resto de productores no vendían lo suficiente y se fueron empobreciendo.

Pero nada de esto parecía importar a Pachakúteq. Tenía ya treinta cuyes trabajando para él. Por cierto, todos vivían en su pequeña parcela, donde había instalado unas tiendas. Ahora, como los cuyes de fuera trabajaban para él, no le importaba que vivieran en la isla.

Conforme seguían excavando, los túneles y aberturas se alargaban y hubo un momento en que profundizaron tanto que algunos comenzaron a llenarse de agua. Al principio era poco y, cuando lo vieron, no le dieron importancia.

El gran cambio vino cuando varios cuyes de la isla consiguieron enterarse del secreto, por lo que se pusieron a excavar por su cuenta y a sacar totoras del subsuelo. ¡Vaya competencia que se generó! El afán de enriquecerse creó una locura para ver quién producía más y a mayor velocidad. Pronto hubo un montón de cuyes haciendo túneles por toda la isla ».

En este momento de la narración, mi abuela me miró de forma especial y luego añadió:

—Pero, como te dije al principio, las cosas naturales, querida Phuyu, por mucho que nos empeñemos, funcionan siguiendo sus propias reglas.

—De acuerdo, abuela, pero sigue contándome.

Ella movió afirmativamente la cabeza y prosiguió:

«Poco a poco, los túneles se fueron llenando de agua. Al principio sería poca, pero con tantos túneles, cada vez entraba más agua y la isla en la que vivían se iba hundiendo poco a poco.

Algunos cuyes se dieron cuenta y alertaron de lo que estaba pasando, pero fueron llamados exagerados y agoreros. Estaban en su contra Pachakúteq y los otros cuyes productores. Les acusaban de no estar al día, de que solo pretendían que no se consumiesen los nuevos alimentos que tanto gustaban a todo el mundo, de que eran demasiado tradicionales...

El caso es que los cuyes siguieron extrayendo totoras sin preocuparse de más, hasta que un día, la isla entera empezó a hundirse a ojos vista.

Entonces vinieron los intentos de remediarlo. Aplicaron todo su saber y tecnología para evitar el hundimiento, pero ya era demasiado tarde: no se podía parar. Al final, tuvieron que refugiarse todos en la orilla. Allí, menos mal, les acogieron los otros cuyes. ¡Al menos estos fueron unos buenos vecinos!»

—Desde entonces, los cuyes no han vuelto a vivir en islas en el lago y ahora cavan sus casas en la tierra. Dicen que siguen buscando, en las profundidades, aquellas totoras que tanto les gustaban.

—Desde luego, abuela, Pachakúteq hizo honor a su nombre², ¡vaya la que armó! Entiendo lo que me dices. Me he empeñado en conseguir más peces y no he pensado que debemos cuidar el lago. ¡Vamos, que me he dejado llevar por mi avaricia, como el cuy en la historia!

² Pachakúteq en quechua significa «el que cambia el mundo».

—Sí, a veces hacemos las cosas y no pensamos en las consecuencias que pueden tener.

—Es una buena historia, abuela, pero creo que no es una buena comparación.

—¿Por qué dices eso, Phuyu?

—¡Porque todo el mundo sabe que los humanos somos más inteligentes que los cuyes! A nosotros no se nos ocurriría nunca estropear así el lugar donde vivimos, nos daríamos cuenta y pararíamos a tiempo... ¿O no?

Mi abuela se sonrió.

—Veo, Phuyu, que todavía te queda mucho que aprender.